



JUAN BOLEA
Escritor

visiones.

Oscar & Arthur

Era cuestión de tiempo que los nombres de **Oscar Wilde** y de **Arthur Conan Doyle** se unieran en la ficción. Y su literaria sociedad acaba de firmarse con **Gyles Brandreth** y su recién aparecida novela, *Oscar Wilde y una muerte sin importancia*.

En esta trama, entretenida y ligera, ambientada en el Londres victoriano, el autor de *Estudio en escarlata* y el de *La importancia de llamarse Ernesto* llegan a conocerse (como, efectivamente, sucedió en la realidad), a través del editor londinense de la revista norteamericana *Lyppicot's*.

A partir de ese encuentro entre Wilde y Doyle quedó cimentada, en sus vidas reales, una relación de cortesía y respeto, y un cierto paralelismo por lo que a la expansión de sus obras literarias en el Nuevo Mundo habría de referirse en aquel agitado cambio de siglo.

Sin embargo, dicha y circunstancial relación, en la novela de Brandreth, se potenciará con una enrevesada trama de asesinatos cuyo investigador no será, contra lo que en un principio podría suponerse, el creador de **Sherlock Holmes**, sino un sorprendente, aunque reconocible, Oscar Wilde.

Un Wilde que, para deleite de sus admiradores, incrementará sus adagios y paradojas con nuevas cualidades de observación y análisis deductivo. Que será capaz, como ya lo era,



Conan-Doyle y Wilde llegaron a conocerse en la realidad

en la ficción, Sherlock, de inducir, casi al simple golpe de vista, por qué razón la ausencia de unas motas de polvo en la chimenea del inspector Fraser (un epígono de Lestrade) significarán que el amor está a punto de entrar en su vida, o por qué los cuadros de marinas que cuelgan en el modesto piso de una viuda residente en la costa ilustran su vida sentimental hasta los límites de la tragedia. Brandreth, el autor, al atribuir a Wilde este rol detectivesco, no le estará haciendo sino justicia; porque, si analizamos las obras de Wilde desde el filtro de la novela-enigma, hubo algo de Conan

Doyle, y de Sherlock Holmes, en aquel Dorian Gray que, a caballo entre el bien y el mal, se deslizaba como una sombra por los muelles de Londres, o por los fumadores de opio, a la espera de confundir a sus enemigos con su aspecto eternamente juvenil, debido a su maléfico pacto. No una, sino varias escenas de *El retrato de Dorian Gray* beben generosamente de la atmósfera de aquella primera novela policiaca tan victoriana y universal al mismo tiempo, en cuyo doble fondo latía el doble de **Stevenson**, el tenebroso Hyde, y la ominosa presencia de **Jack el Destripador**.

Jóvenes víctimas.

Para que la trilogía británica no quedase huérfana, Brandreth decidirá resucitar en su argumento al gran **Charles Dickens**, cerrando así el cupo de genios que supieron elevar a los arquetipos las glorias y miserias de las orillas del Támesis. Los crímenes a los que Wilde, como detective, deberá enfrentarse, presentan como víctimas a jóvenes de corta edad y rara belleza. Efebos, en una palabra, con los que el dramaturgo mantenía una relación amistosa o platónica, pero una relación, al cabo. A partir de ese planteamiento, volveremos a acompañarle en su descenso a los infiernos de la cárcel de Reading, cuando fue condenado como corruptor de la moral pública. Una idea curiosa. ●